

LA IMPORTANCIA DE LAS RELACIONES HUMANAS EN LA ACTIVIDAD DEL HOMBRE*

Por EFRAIN SANCHEZ HIDALGO, Ph.D.

Profesor Asociado de Educación, Universidad de Puerto Rico

El hombre moderno, asombrado ante la extraordinaria magnitud de su progreso tecnológico y material, tropieza violentamente con un problema que no había advertido debidamente en el pasado. Me refiero al gran problema de las relaciones humanas.

El hombre ha desestimado peligrosamente el aspecto humano de su empresa por varias razones. El prestigio de la máquina y de las ciencias naturales había eclipsado casi en su totalidad el interés en la convivencia y en nuestra condición de personas. El hecho de que en la máquina el poder emana de una sola fuente nos había llevado a olvidar la dinámica múltiple y compleja del proceso social. Las relaciones fijas de la mecánica nos habían creado el engaño de la uniformidad de las relaciones humanas. Estábamos olvidándonos de que, dentro de su marcada semejanza, los seres humanos son marcadamente diferentes y, por tanto, incapaces de "estandarizarse." Además, el individualismo crudo se había entronizado en nuestra cultura, gozando no sólo de la sanción del grupo, sino también del prestigio que se adscribía al esfuerzo de cada cual, independiente del de los demás, por ascender en la escala de las categorías sociales. Poco importaba, y poco importa aún, subir a fuerza de codazos y empujones, siendo el "quítate tú para ponerme yo" casi un lema en la lucha fratricida. Como dijo en un curso sobre relaciones humanas el Profesor Karl C. Bigelow, el individualismo se basa en la creencia de que quien viaja solo, viaja más rápido. A lo que yo añadiría que ha creado la impresión de que en el viaje del hombre lo que importa es la rapidez con que se viaja. El desarrollo exagerado de la especialización contribuye también al aislamiento del ser humano. El argot técnico de los especialistas constituye una torre de Babel que dificulta que éstos se comuniquen y comprendan, acercándonos así aún más al dicho de Jehová en el Génesis:

He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un lenguaje: y han comenzado a obrar, y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer.

Ahora pues, descendamos, y confundamos allí sus lenguas, para que ninguno entienda el habla de su compañero.

El especialismo extremado hace más ardua la comunicación abierta y espontánea entre los hombres, ya que el especialista se siente preso de tensión y desasosiego al reunirse con otros especialistas en distintas esferas de la actividad humana. El especialismo mal entendido de nuestra

* Introducción al tema en la sesión del sábado, 6 de febrero de 1954, de la XIII Convención Anual de la Asociación de Salud Pública de Puerto Rico.

época, más que fortalecer al hombre como fué su intención original, lo que crea en él es un estado horroroso de inseguridad y de temor. Nuestra vida institucional también contribuye al aislamiento del hombre moderno, haciéndole sentirse solitario en medio de la multitud. Por ejemplo, en una universidad moderna los profesores, no ya de distintas facultades, sino de la misma facultad, apenas si pasan de saber más que el apellido de los demás. Y en medio de todo esto, el hombre actual da la espalda a aquella sentencia tan manoseada y tan mínimamente comprendida de "conócete a tí mismo." En la materia del conocimiento propio el ser humano ni siquiera puede ser admitido en el primer grado.

He ahí algunas de las circunstancias que rodean y afectan al hombre de este siglo: hombre cargado de conocimientos técnicos para subyugar y hacer suyo el mundo de las cosas, pero lego en la comprensión de sí mismo, ignorante en la tarea de vivir consigo mismo y de convivir con otros. En palabras de Erich Fromm: "El está solo y libre, pero impotente y atemorizado." La solución de tal problema no se consigue por otro medio que no sea el del aprendizaje. Tenemos que aprender a llevarnos bien con los demás, a llevarnos bien con nosotros mismos, a conocer y comprender a nuestros semejantes, a conocernos y comprendernos a nosotros mismos, a participar en la empresa humana con un espíritu de genuina cooperación. Como dice el autor antes citado, la solución está en la "solidaridad activa con todos los seres humanos." Y comento: Que sea una solidaridad que penetre en todos los ámbitos significativos de la actividad humana, solidaridad que no aplaste nuestra condición de que cada cual es, como decía Baltasar Gracián, "un célebre microcosmos", pero que favorezca cierto grado de fusión integrante que nos redima del mal de la soledad, a la vez que estimule una mayor y más efectiva productividad a través del esfuerzo colectivo. Tal búsqueda de solidaridad, de convivencia armónica, constituye probablemente la tarea más esforzada y absorbente del interés del hombre en lo que resta de este siglo.

Es imperiosa la necesidad de una convivencia que corresponda a nuestra prédica democrática, una convivencia que haga de nuestra democracia—en las palabras de George B. de Huszar—algo que uno hace y no algo de lo que uno habla. La coordinación del esfuerzo de todos los participantes en la empresa humana, a fin de lograr un grado tal de integración que liberte las potencialidades de cada individuo para su bien y para el bien colectivo, es ahora y seguirá siendo en forma creciente en lo futuro una responsabilidad primaria de todos lo que ocupan posiciones dirigentes.

Debemos dejar de predicar la cooperación como un mero ideal y aprontarnos a practicarla como un medio factible de convivencia. La cooperación mutua es médula de toda asociación positiva entre los hombres, y constituye la mejor manera de redimir las energías del espíritu humano a fin de que el individuo crezca y se expanda mientras el grupo del cual

forma parte se expande y crece. La práctica de la democracia se ha concentrado excesivamente en la obtención del consentimiento del individuo. Hace falta desarrollar ese otro aspecto tan indispensable de la verdadera democracia cual es la participación gustosa y espontánea. Necesitamos vivir mucho más a tono con la diáfana realidad de que en toda labor humana lo más fundamental es el hombre mismo.

Necesitamos modificar profundamente nuestro concepto tradicional de autoridad, en que predomina la exclusiva dicotomía de que unos mandan y otros obedecen. A menudo esto último conduce a muchos a la desesperante y morbosa conclusión de que "tengo yo que ser como usted desea que yo sea." Tal noción y tal práctica de la autoridad—cruels y humillantes—deben ser motivos de vergüenza para quien se considere conocedor de la dignidad humana. El concepto democrático de autoridad no requiere que existan sometidos y dominantes. Conviene alejarnos lo más posible, mediante la práctica, de aquella teoría de Spencer que dividía la humanidad en sumisos y dominantes. El hombre, al confrontar a su semejante, no debe pensar como pudieron haber pensado, según el sabio inglés, las primeras dos bestias primitivas al encontrarse en la selva: "Shall I be the dinner or the diner?" ("¿Seré yo la comida o el comensal?"). La única autoridad reconocible, asegura Mary P. Follett en su obra "Creative Experience", si es que vamos a convivir democráticamente, es la autoridad que emana de la situación. "En lugar de ser coercitivo, el poder debe ser co-activo." Las órdenes deben ser hasta donde se pueda la conclusión conjunta de aquellos que las dan y de aquellos que las reciben. El individuo tiene que aprender a pensar en términos de *de qué es responsable* en lugar de *a quién es responsable*. Tales prácticas conducen a la unidad funcional de la empresa humana. Considera Follett que estas prácticas requieren antes que nada la existencia de un líder, quien es aquel que puede organizar la experiencia de un grupo, hacerla disponible y así obtener el poder de todos los miembros. "El mejor líder no tiene seguidores, sino hombres y mujeres que trabajan con él."

Y, por último, no olvidemos la naturaleza hondamente emocional de la conducta humana. Como apunta F. J. Roethlisberger, la conducta del hombre no puede entenderse aparte de sus sentimientos. En los asuntos concernientes a la colaboración humana, los sentimientos y la interacción de los sentimientos son fenómenos fundamentales. La respuesta de todo ser humano, dice Follett, es siempre una respuesta a una relación. "Yo nunca reacciono a tí sino a *tú-más-yo*, o para ser más exactos, es *yo-más-tú* quien reacciona a *tú-más-yo*."